

EL AMOR

Padre Pedro José Ynaraja

Sicólogos, psicoanalistas y otras hierbas, hablan de amor, de los inicios inconscientes del amor filial y fraternal. Que me lo cuenten como quieran, que yo no sé cómo empecé a amar a mis padres y a mis hermanas, pero que los amé y me amaron siempre. Estoy seguro de que fue inmediatamente de tener algún contacto con ellas: miradas, gestos, palabras. El de mis padres lo recibiría por simple contacto físico, según dicen, no era consciente. Les quise y punto.

Me sentí bien más tarde con los compañeros de colegio, con casi todos, con los hijos e hijas de los vecinos, con quienes jugábamos, hablábamos y discutíamos. ¡Felices aquellos tiempos que podía uno hacerlo en la calle, debajo de las ventanas de casa, con espacios libres y sin peligro de atropellos! Lo pasaba bien, pese a las estrecheces económicas que padecíamos, debido a la guerra civil y la post guerra. Para jugar y divertirse, más que juguetes y cacharritos, es preciso quererlo y no encerrarse en uno mismo. Una etapa que se repetía diariamente.

Pero llegó un día en que, sin saber cómo, nos quedamos solos, al mediodía, en unos jardines, una chiquilla y yo. Habló ella, mucho más que yo. Recuerdo todavía, al cabo de los muchos años pasados, lo que me dijo, recuerdo también su nombre y apellido. A las 13.45 debimos separarnos. A las 14 era la hora exacta de la comida.

Tardaría unos 10 minutos en llegar. Iba con mi hermano, cinco años menor que yo. Por primera vez en la vida me sentí diferente a él. Pensé en la chica, no dejaba de pensar en ella y me dije para mis adentros: está enamorada de mí. Constaté como mi corazón latía con fuerza, estaba yo también enamorado de ella. Mi hermano caminaba a mi lado indiferente. Ríase quien quiera. Advierto que la situación duró poco, es superfluo contar más detalles. Iba pasando el tiempo e iban repitiéndose, de cuando en cuando, experiencias semejantes.

Pasaron los años y ya había ingresado en el seminario. Se habían ido silenciando aquellos amores, como en un cinematográfico fundido encadenado. Se había sembrado en mi corazón la vocación sacerdotal, que germinaba ufana. Vistiendo sotana como en aquel tiempo se hacía, escuchando las explicaciones en clase en lengua latina, rezando en ídem. Me pregunté un día ¿y si me he equivocado? Decidí imaginar con la intensidad que pudiese, los tres factores a los que renunciaría próximamente: enamoramiento, placer y paternidad. A nadie consulté. La moral de aquel tiempo hubiera calificado tal propósito de grave pecado de deseo. Nada de ello hubo. Lo que más me costó aceptar es que nunca abriría la puerta de mi casa y un chiquillo, se echaría a mis brazos sonriendo y diciéndome: ¡Hola, papá!

Si a algo me sentía llamado era a ofrecer mi ayuda a la juventud y por el camino escogido la encontraría. Dios se preocuparía de ello. Fue una buena prueba, que remachó las decisiones que había tomado al acabar aquel bachillerato de 7 cursos, más el "examen de estado" correspondiente, preciso para obtener el título.

Pero un día, años más tarde, más bien fue una noche, soñé y me desperté sobresaltado. Una chica en aquella placentera visión, más que pesadilla, me abrazaba y me decía: te quiero. Reanimado ya, aun escuchaba lo mismo y me sentía muy feliz. Estaba solo y en casa ajena. Pensé de inmediato: el amor de Dios, vale por mil, es el que he escogido. El de esta, u otra, chica valdría solamente uno, pero yo ahora, si me hubiera casado, me sentiría enriquecido con mil un grados de amor. Por más vueltas que le daba, siempre mil uno, era superior a mil. La noche siguiente la pasé en el tren volviendo a casa, sin querer dormir. Siempre el resultado era el mismo. Mil uno, mayor que mil.

Me había comprometido en el sacerdocio. El hombre es el único animal capaz de comprometerse, lo sabía. Mi vida, pues, sería una aventura inesperada. Como si se tratara de la subida a una escarpada montaña, imaginaba. Camino más o menos difícil, tal vez sería preciso trepar, pues, estaba dispuesto a encaramarme, aunque costara.

Pasó tiempo sin que cambiara mi juicio. Un día descubrí que por agujero abierto por los amores femeninos, Dios se volcaba a raudales e inundaba mi corazón afortunado. (Continuaré)